



El hombre y la naturaleza

Aldo Noé Martínez González



El sueño de Miei

Martha Guadalupe Santos de León

El hombre y la naturaleza

Aldo Noé Martínez González

El sueño de Miei

Martha Guadalupe Santos de León

Uno de los hechos que han contribuido al incremento de los problemas ambientales es, sin duda alguna, la ruptura del vínculo que desde hace demasiado tiempo realizó el ser humano con la naturaleza. Ahora, cuando las ciudades crecen y se abandonan los espacios rurales, cuando los recursos naturales se explotan desmesuradamente sólo para unos cuantos, cuando desecharnos sin miramiento en una cultura de lo desechable, resulta obligado repensar nuestra relación con la naturaleza.

Por este motivo, la Secretaría de Medio Ambiente, junto con la Coordinación General de Bibliotecas, Publicaciones y Librerías, lanzó el Primer Concurso Estatal de Cuento Naturaleza (2013) que, principalmente, buscó resaltar, mediante la palabra escrita, la importancia de esta relación entre las personas y sus manifestaciones culturales con la Naturaleza.

Con orgullo, publicamos a continuación dos cuentos de este certamen.

La colección Bordeando El Monte es una publicación de la Secretaría de Medio Ambiente

Rubén Moreira Valdez

Gobernador del estado de Coahuila de Zaragoza

Eglantina Canales Gutiérrez

Secretaria de Medio Ambiente

Olga Rumayor Rodríguez

Subsecretaria de Recursos Naturales

Margarita Alba Gamio

Directora de Cultura Ambiental

Texto

Aldo Noé Martínez González

Martha Guadalupe Santos de León

Proyecto realizado en colaboración con la
Coordinación General de Bibliotecas, Publicaciones y Librerías



Alfonso Vázquez Sotelo

Coordinador General de Bibliotecas, Publicaciones y Librerías

Coordinadora:

Ma. Eugenia Galindo Marines

Edición y corrección:

Jesús Guerra

Diseño:

Juan Francisco Chaires

Colección Bordeando el Monte. num. 8, Octubre de 2013

El hombre y la naturaleza

Había una vez un niño que se preocupaba por su planeta, por el agua, por los animales, por los ecosistemas, en fin, por todo ser viviente del mundo.

El niño se llamaba Salvador, un niño de once años que era discriminado por preocuparse por el planeta; sus compañeros le decían muchas cosas y le ponían apodos, principalmente los de extraterrestre, Hulk (por el hombre verde) y árbol de Navidad.

Él siempre se sentía muy mal por lo que le decían, a veces ya no quería ir a la escuela, pero su único motor eran los árboles, y decir a los niños que cuidaran el planeta.

Así pasaron los años, el agua escaseaba, ya no se veían los paisajes verdes como antes y no en cualquier parte había árboles.

Un día, cuando Salvador ya era un joven, ya casi no había agua dulce en el mundo, todos los animales habían desaparecido y ya no había árboles. Contaba una leyenda, de dos o tres meses de vieja, que había un árbol en la isla desaparecida, la Atlántida: el árbol mítico. Decían que daba semillas de todos los frutos que existieron en la Tierra. Salvador tenía fe en que ese árbol existía, lo malo era saber dónde se encontraba la Atlántida.

Para encontrar la isla, Salvador le pidió ayuda a Lorena, una muchacha que siempre lo apoyó en sus campañas, pero con el paso del tiempo Salvador se fue enamorando de Lorena, que por cierto era muy bonita.

Investigaron en Internet, en libros y en otros medios si existía o no la Atlántida, si así era, en dónde se ubicaba, cuáles eran sus coordenadas y todo lo relativo a ese tema.

Salvador y Lorena no pudieron encontrar nada, hasta que Lorena, sin querer, encontró las coordenadas y la ubicación de la mítica isla; según esa información se encontraba en el Ártico, en el centro del continente, donde se decía que era el lugar más frío de la tierra, con temperaturas de -60 °C, aunque en el tiempo en que Lorena y Salvador fueron en busca del árbol la temperatura más baja que leyeron fue de -15°C, por eso ellos creyeron que sería la cosa más fácil del mundo, hasta que leyeron las tres maldiciones que un mago había echado al árbol mítico, tres maldiciones que sólo el bien podría vencer.

Salvador y Lorena empacaron la comida necesaria para aguantar el rudo camino que les esperaba y ordenaron la ropa necesaria para soportar el frío que enfrentarían.

Las tres maldiciones del mago eran: "El primer guardián", "Las grutas de candiles" y "El acertijo más difícil".

Los dos emprendieron el largo camino que el destino les había

preparado, con aquel calor tan insoportable, pues ya no había árboles que les dieran sombra.

—Salvador, ya estoy muy cansada —dijo Lorena.

—No te desanimes, ya pronto llegaremos —dijo él.

Por fin llegaron al continente Ártico. También a la primera prueba para alcanzar el árbol mítico.

El guardián era un monstruo blanco como la nieve, que tenía una llave que podía abrir el candado de la puerta de metal que estaba en el fondo de esa horrible cueva.

Los dos jóvenes con mucha valentía retaron al monstruo; Salvador lo atacaba por delante, mientras que Lorena lo atacaba por los otros tres flancos.

Los dos muchachos, al ver que no podían con el monstruo, elaboraron un plan. Ataron una cuerda a la piedra más floja del techo. Lorena fue la carnada, molestó al monstruo lanzándole unas piedritas y luego corrió hacia la puerta al igual que Salvador.

Luego, ya alejados de la zona de peligro, Salvador jaló la cuerda, y la piedra del techo mató al monstruo. Los dos amigos le quitaron la llave y pasaron así a la segunda maldición: Las grutas con candiles.

Ahí había que ser muy silenciosos...

Lorena, con mucho miedo, le preguntó a Salvador:

—Oye, ¿seguro que podemos pasar?

—Sí —dijo Salvador.

—¿Estás seguro?

—Síiiiiiiii —gritó Salvador, haciendo que cayeran los candiles. Corrieron con todas sus fuerzas y lograron escapar.

Entonces llegaron a la tercera maldición, el acertijo más difícil: "Es el ingenio que aún existe y es con lo que vive".

Los jóvenes, después de pensar muchísimo, dijeron que la respuesta al acertijo era "El hombre y la naturaleza". La respuesta era correcta y los dos amigos se encontraron con las majestuosas semillas de tantos árboles que se llevaron hasta ya no poder cargar más.

Por fin volvieron a México y Salvador dio un discurso a todos los mexicanos, que es el siguiente:

"Hay que cuidar nuestros recursos naturales, porque el hombre es la naturaleza y la naturaleza es el hombre".

Con esto terminaron todos los problemas ambientales, hasta muchos miles de siglos después cuando se volvió a complicar la situación.

Fin

Autor: Aldo Noé Martínez González (10 años).

Estudiante de la escuela Dionisio García Fuentes, de Saltillo, Coahuila.

Primer Lugar del Primer Concurso de Cuento Estatal Naturaleza (2013).

El sueño de Miei

Antes de cerrar los ojos para venir a la presencia de Kitzahiata, lo último que vi fue precisamente su cuerpo de fuego.

Kitzahiata, el padre del dios creador de Wiska, me acompañó toda la vida; me llamé Miei y soy el camino por el que transitan los que amo. A esta tierra la llaman Coahuila y en esta parte de la sierra abundan los árboles. Como nuestra tribu Kikapú es la que anda por la tierra, el padre Kitzahiata nos encargó ser vigilantes de que se mantengan en equilibrio.

Wiska tejió una telaraña para que la vida no se desfondara y las mañanas olieran a barro y a musgo a lo largo de los tiempos; para que en las noches el canto de los grillos arrullara a los padres y éstos tuvieran música para sus hijos. Lo último que oí fue una voz de niño; estaba lejana, como entre nubes; creo que no me dejaba partir a la casa de Kitzahiata. No estoy seguro si era el hijo de mi nieta Anakawa, pero si se trataba de él, sé que no se equivocaron cuando lo llamaron Keotuk. Su voccecita tierna ya era un gran trueno.

Entre brumas y la voz del río, recuerdo que el pequeño estaba sentado a la orilla de mi lecho, su garganta tiernita me cantaba "Lú ti cue yoo nanda diidna', ti cue' yoo qui riniibi, ruyadxisi zidi'di dxí". No es tan cierto. Una pared escurre historias, contempla fija, inmóvil, el paso lento de los días, pero nuestras paredes tienen vida. Por las entrañas de las ramas del sabino, palo blanco, sauz y álamo corre savia viva. Con ramas secas no se puede hacer el acakuenikane para vivir. Si se quiebran, no sirve para darle a nuestra vivienda la forma ovalada, sin principio ni fin, para que el invierno pueda atravesar los muros agradecido. Las ramas de álamo que nos cobijan en verano deben ser fuertes, pero igual de flexibles, vivas. Si no, las lluvias de los tiempos calientes no pueden fluir, se estancan y las ramas secas caen derribadas por el miedo.

El ciclo de la vida es infinito. Kitzahiata así lo manda. Los árboles nos sirven de casa y deben ser renovados por diez. No nos debe faltar casa. El bosque no debe acabarse, porque sería el fin de nuestra tribu Kikapú.

Al estar en presencia de Kitzahiata, he vuelto a ser joven. Me siento como aquella vez en esa cabalgata, con mi cara pintada de azul, blanco y negro; orgulloso con mi penacho, que me coronaba la cabeza y colgaba en mi espalda con plumas de colores vivos. Junto con mis hermanos regresaba de la cacería. Habría carne de venado para mucho tiempo. Estaba cansado, pero Tepegki me atrapó. Sus ojos como ascuas me miraron como nunca nadie lo había hecho. Salía luz por entre sus

pestañas, espesas como la noche. Supe que era la compañera para cumplir el mandato de Kitzahiata.

El jefe de la tribu nos unió para toda la vida y para toda la muerte. Mientras los tambores y las voces daban gracias por el ciclo que no se cierra, Tepegki fue mi casa muchas veces. Lo fue cuando los tambores callaron y cuando la luz del sol rompió el manto oscuro que nos cubría bajo el techo de nuestro acakuenikane.

Su piel suave y su entraña caliente me dieron sosiego en ese regreso de caza y en todos los que siguieron. Sus brazos perfumados fueron mi lugar perfecto en el mundo cuando mis hijos fueron padres y sus hijos también.

En su pelo como cascada de noche vivieron mis sueños, y soñé en él cuando fue monte nevado.

A su lado el ritual para la eterna renovación del mundo tomó otro sentido. Lo que por mandato de Kitzahiata era una obligación, Tepegki lo convirtió en el mayor placer al que pude aspirar como hombre.

El baile del fuego eterno para invitar a la lluvia a ser generosa y prolífica, no sólo fue en torno a la lumbre en medio de El Nacimiento. Era una danza armoniosa en nuestro lecho que dio como resultado ocho hijos que me llenaron de orgullo.

El primero fue entregado a Kitzahiata. Se apresuró a nacer y lo hizo cuando todavía no estaba preparado. Tenía prisa por salir al mundo... o para ir al reino del fuego eterno. Más que la muerte de mi hijo, me dolió el dolor de mi Tepegki. Su cuerpo se quedó listo para dar vida, pero sus brazos no tuvieron a quién arrullar; sus pechos no alimentaron a nadie. Dijo mi Tepegki que ningún hijo sustituye a otro. Su mirada nunca se desprendió de la tristeza que le produjo el designio de Kitzahiata. Más que la muerte de mi hijo, me dolió el llanto callado de Tepegki al entregar a la tierra el cuerpo diminuto. La sombra magnífica que hace el árbol que sembramos en su tumba no consuela a mi Tepegki. Ya pasaron 50 años y el dolor nunca se ha ido del corazón de mi mujer.

Después nacieron mis otros siete hijos, uno cada 18 meses. Cuatro son varones y tres son mujeres. Ellos desde muy pequeños son cazadores de venados, ellas grandes cocineras que ayudan a su madre en el banquete de bienvenida que se da a los hombres al final de cada temporada de cacería.

Cada uno trajo una alegría diferente a mi corazón. Mi Tepegki supo educarlos e inculcarles el respeto a nuestra tierra y al dios Kitzahiata. Aman y cuidan nuestra sierra desde que aprendieron a caminar. Ellas saben lo que significa la llegada de la temporada de lluvias. Disfrutan el cielo azul y respetan la furia de las nubes, cuyo llanto abundante guardan en ollas y baños para tener con qué lavar la ropa de los cazadores; ellos

saben escoger las mejores ramas para construir nuestro acakuenikane una vez cada seis meses, y cuando tienen edad, aprenden a disparar para cazar a los venados que nos servirán de alimento a lo largo del año.

Cuando Kizezo (mi segundo hijo, que a la muerte de su hermano quedó como hermano mayor) tenía 10 años, era un niño de huesos largos y piel curtida que amaba estar bajo el sol. Así hacía honor a su nombre. Un día, sin que yo lo viera, subió al techo del acakuenikane que yo estaba construyendo. Kizezo tenía la mejor voluntad pero no la experiencia para entrelazar las ramas de sauz, y al no dar la suficiente fuerza al tejido de ramas, quedó un hoyo por donde cayó Kizezo, pero quedó colgado de un pie, con la cabeza para abajo. Sus hermanos comían un guiso de flor de palma y con la sorpresa de ver a Kizezo colgando y manoteando, le lanzaron las cucharas de madera. Me apresuré a bajar a Kizezo, pero no llegué a tiempo para evitar que lo alcanzara la lluvia de guisado, y así embarrado como estaba, resbaló de mis manos y cayó con la espalda sobre la mesa de tabla que tenemos desde que nos unió el jefe de la tribu a su madre y a mí. Mientras sus hermanos y su madre no podían contener las carcajadas, Kizezo renunció a querer ser hombre mientras su alma y su cuerpo eran aún los de un niño travieso, como yo lo fui a su edad.

Soy parte del pueblo elegido para repoblar la tierra. Soy un fuerte guerrero cazador de venados. Los más ágiles, más fuerte y más bellos son los que llevo para alimentar a mis hijos, que me reciben entre cantos y con agua, que simboliza la fuente de la vida.

Ya perdí la cuenta de cuántas ceremonias presencié y cuántos venados sacrificué para la gloria de Kitzahiata, que permite que cada ciervo vuelva a nacer y así no puedan acabarse nunca.

Con gran respeto, mis hijos, Tepegki y yo nos alimentábamos con la lengua de los venados en el momento culminante de la ceremonia en honor de nuestro dios.

Cada temporada de caza, Tepegki se quedaba al cuidado de nuestros hijos hasta que fueron mayores; también cuidaba del cultivo de trigo, avena, maíz, cebada, frijol y calabaza, que nacían en el huerto sonriente al lado de nuestro acakuenikane.

Sabemos que nos vamos a ver al regreso, pero nuestras despedidas son como si fuera la última.

Mi piel se funde con la de ella "Ca iza ca qui rusiandaca' guendananá xhísi binni ríaa guibaniné laa", me dice quedito en el oído y me hace estremecer, y siento un frío terrible correr por mi espalda, aunque me cobije con su cuerpo; aunque sus brazos me protejan y su cabello me envuelvan en su perfume. Yo sé que no es que con el tiempo duela menos, es que uno se acostumbra a vivir con el dolor.

Nuestro acakuenike cada mitad de año se renueva con ramas vivas de sabino, palo blanco, álamo y sauz. Nuestro amor se renueva todos los días con el fuego eterno que simboliza a Kitzahiata, con el agua que nos bendice en cada temporada de lluvia y con los árboles que cobijan El Nacimiento.

En el ocaso de mi vida, mis hijos han sido abuelos y mis ojos se cerraron cuando el hijo de mi nieta Anakawa cantaba “Lú ti cue yoo nanda diidxa’ ti cue’ yoo qui riniibi, ruyadxisi zidi’di dxí” junto a mi lecho.

El paso de una vida a otra me dio el privilegio de ver a Kitzahiata más allá del fuego que calienta nuestro acakuenikane.

Sé que Tepegki me alcanzará en la casa de Kitzahiata cuando en mi sueño eterno acompañe a mis ancestros en una cacería de venados que no tenga fin. Ella se encargará de que el cuerpo que me visitó en la tierra no se acabe sin un propósito. Mis restos darán vida a un árbol fuerte y protector, con la savia corriendo por sus ramas como brazos agradecidos que se elevarán para honrar al creador y dador de vida, y cuando llegue su hora de formar parte de la tierra, renaceremos juntos, en el fuego eterno de Kitzahiata.

Autora: Martha Guadalupe Santos de León.

Segundo Lugar del Primer Concurso de Cuento Estatal Naturaleza (2013).

Para cualquier información adicional, material o asesoría,
favor de comunicarse a la
Dirección de Cultura Ambiental
de la Secretaría de Medio Ambiente
al teléfono **(844) 111-19-69**,
o escriba al correo electrónico: **cultura.ambiental@sema.gob.mx**
o visite la página electrónica de la Secretaría de Medio Ambiente:
www.sema.gob.mx



Gobierno de
Coahuila

Una **nueva forma**
de **gobernar**

